

**DOSIER**  
Centenario de Guillermo Atías

Darío Oses  
Hernán Díaz Arrieta (Alone)  
Hernán Loyola  
Luis Merino Reyes  
Micaela Paredes B.



## CENTENARIO DE GUILLERMO ATÍAS (1917-1979)

Se cumple este año el centenario del nacimiento del escritor Guillermo Atías, cuya obra narrativa mereció en su hora una justa y entusiasta atención crítica. En 1938 Miguel Serrano incluyó uno de sus relatos en la *Antología del verdadero cuento en Chile*: “La escala”, que si no el primero de los que escribió, fue el que lo dio a conocer junto a los principales autores que asumieron entonces –polémica y agresivamente– el sistema de preferencias del surrealismo, frente al predominio del relato realista todavía imperante en la literatura chilena. Anuar Atías, que era en efecto su nombre por aquellos años, participó en esa subversión que apuntaba, exaltándola, hacia la vanguardia, constituida entre otros por algunos de los integrantes del grupo “Mandrágora”. Vale la pena recordar que no es menos significativa en la propuesta de M. Serrano la incorporación de dos textos de Juan Emar (1893-1964), tan expresiva en esa publicación de un juicio derogatorio del pasado. El título mismo de la antología era un desafío: *...del verdadero cuento...* Ahora puede apreciarse que esa mirada abarcaba un campo más amplio de posibilidades, y aunque no todas las piezas antologadas son memorables, el sentido de ese gesto sí lo es.

Los escritores de la llamada Generación del cincuenta lo reivindicarían a su turno como una instancia estimulante: en su importante ensayo “Una experiencia literaria” (1958), Claudio Giaconi distinguió a Guillermo Atías entre esos antecesores inmediatos quien, dijo, aunque no continuó la práctica esteticista sugerida por la antología de Serrano, escribió después una obra “nada desdeñable”. Tenía presente, sin duda, la novela *El tiempo banal*, que había aparecido en 1955. Su segunda novela, titulada *A la sombra de los días*, fue escrita desde 1961 (cuando participaba como becario en el Segundo Taller de Escritores de la Universidad de Concepción): esta apareció en 1965 y tuvo una excelente acogida tanto de la crítica como del público.

Otras tareas ocuparon luego su tiempo: la presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile y la producción y circulación de *Plan*, publicación de actualidades, entre otras actividades, aunque sin abandonar su obra como sabemos por el artículo de Darío Oses y por la sumaria relación bibliográfica que aparecen aquí a continuación, junto a los tres artículos sobre él que hemos seleccionado: dos críticas dedicadas a sus novelas mayores por Hernán Díaz Arrieta (Alone) y Hernán Loyola, y la cordial evocación debida a Luis Merino Reyes.

Circunstancias adversas de la historia política y social de Chile alejaron a Guillermo Atías de nuestro país en 1973. Se encontraba por ese tiempo en el extranjero y el regreso le estuvo vedado. Se estableció, pues, en Francia, donde falleció en 1979.

La evocación de Luis Merino Reyes registra algunos aspectos de su personalidad: su condición distanciada y silenciosa, entre otras. Y aunque dejó una obra narrativa valiosa, ya se sabe —como se ha dicho más de una vez— que no se suele tener presente a menudo a los grandes silenciosos: las páginas que siguen referidas a diversos momentos del trabajo y de la persona del escritor, quieren ser al mismo tiempo homenaje e invitación a frecuentar una obra cuyo mérito e interés, a nuestro juicio, no han disminuido con el discurrir de los años.

P. L.

## LA CIUDAD Y SUS TIEMPOS EN LA OBRA NARRATIVA DE GUILLERMO ATÍAS

Darío Oses  
Universidad Finis Terrae  
dosesmoya@gmail.com

Al cumplirse los cien años del nacimiento de Guillermo Atías constatamos que este se encuentra ya en el archivo de los grandes olvidos de la narrativa chilena: hoy es difícil encontrar sus novelas, y no abundan las relecturas críticas de su obra. Además, su última novela nunca se publicó en español, en su versión original. Está solo en francés y en ruso.

Sin embargo, al revisar el conjunto de la obra de Atías, nos encontramos con un autor que examina, desde la ficción y con calidad literaria y lucidez, las tensiones políticas y sociales del país en distintos momentos del siglo XX, y que se cuenta entre los que han conseguido los mejores resultados en el intento de hacer una narrativa de la ciudad de Santiago.

En 1958 Atías advertía la necesidad de una literatura urbana:

Tenemos una generación de escritores que eludieron sistemáticamente referirse a lo social y a la ciudad, cuando más lo necesitaban. Requerían su concurso para defenderse, para cautelar su formación, pero ellos abandonaron el lugar, decidieron llevar su tienda literaria al campo. Allí entretejieron una farsa lírica que será necesario someter a revisión. Junto con dejar la ciudad vacía, los criollistas idearon una fábula campestre que no logra sostenerse, pero que ha lesionado el significado dinámico de la literatura, su función crítica. Habitaban la ciudad, eran ellos mismos personajes de su drama, pero prefirieron hablar del paisaje que habían entrevisto en paseos. Había calles, ambientes, experiencias sociales que necesitaban ser incorporados al libro antes que perecieran [...] Barrios, trozos amados de la ciudad cambiaron de fisonomía y de costumbres sin que un novelista estuviera presente: acababa de marcharse al campo provisto de su caja de pintura (“La literatura” 54).

Pero el mejor alegato en favor de la narrativa citadina, sería su primera novela, *El tiempo banal*.

El autor nació el 6 febrero de 1917, en Ovalle. Como lo advierte Volodia Teitelboim, Atías “no se siente un devoto creyente de la aldea. Ni un sentimental del terruño. Después de pasar por Quillota, a partir de la primera juventud su vida se hace santiaguina” (70).

Estudió en el Instituto Nacional, en Santiago. En esta ciudad hizo también estudios de leyes. Publicó sus primeros relatos en revistas como *Multitud*, *Extremo Sur* y *Pro Arte*, como Anuar Atías. Con Miguel Serrano, Santiago del Campo, René Ahumada, Iván Romero y Héctor Barreto, se juntaban a leer sus cuentos y poemas en el café “Miss Universo” de la calle San Diego.

Atías vivió en la gran ciudad para narrarla. La dedicatoria de *El tiempo banal* es elocuente: “A SANTIAGO. Ciudad querida”. Pocos autores le han dedicado una novela al tema de esa misma novela, pero este, además, le declaró su amor a la ciudad, a pesar de los defectos y problemas que le encontraba:

[N]adie duda de que Santiago es una ciudad grande [...] pero creemos que su crecimiento se ha hecho a costa de su integridad, sacrificando su esencia y su forma”, escribe. Luego afirma que, desde comienzos del siglo XX “la ciudad se ha desintegrado a medida que se ampliaba, ha crecido a bulto por una necesidad física de expansión, tal una monstruosa ameba (“La literatura” 53).

En seguida advierte la responsabilidad que tienen los escritores en la disgregación de la ameba:

La literatura se nutre de las relaciones humanas y al hacerlo, al desentrañar el suceder multitudinario o individual, devuelve transformado en valor, en símbolo literario, el elemento que lo generó. Esto es lo que no ha ocurrido entre nosotros o ha sido escasamente tratado por nuestros escritores. Nuestra sociedad es pobre en un simbolismo que la hubiese hecho más fuerte, más resistente a una disgregación (54).

La relectura de *El tiempo banal* nos devuelve al Santiago de los años cincuenta: una aldea que crecía y crecía, sin dejar de ser aldea. Es un recorrido por la ciudad, a través de las rutas y rutinas de personajes que se conectan con otros personajes y con sus circunstancias: vidas que son afluentes de otras vidas. De esta manera se construye una trama de relaciones humanas, con sus tensiones y sus traumas, en una topografía urbana y en un *tempo*. Cristián Montes ya ha examinado los procesos de exclusión y descalificación social que se evidencian en la novela, así es que por el momento, me ocuparé solo de otro tema que me parece fundamental: los dos tiempos de esta obra.

La novela parte con Alberto, profesor de castellano que dispone de mucho tiempo para vagar, porque además de tener pocas horas de clases, está en vacaciones de verano. Avanzada la mañana, sale de su habitación, después de repasar “vagamente

las pocas líneas que había logrado elaborar la noche anterior”. Se va a un café donde pasa horas, con unos amigos, “unidos por algo pegajoso que les impedía separarse”. Todos se abandonaban “a la seducción de ese tiempo banal” y aunque sienten que esa reunión es cansadora e inútil, ninguno la abandona, hasta que por fin algo se afloja, “un lazo dejaba de existir” y cada cual parte por su propia cuenta (Atías, *El tiempo* 9).

Alberto sigue su vagabundeo por la ciudad. Llega a la estación de trenes, donde conoce a una poeta, Cora, tan marginal e improductiva como él. Ambos se dejan llevar al cuartucho que ella arrienda en una de esas grandes mansiones venidas a menos que hay en el centro de Santiago. Ahí, recostados en la cama, conversan con un tremendo desgano, con una apatía que no da lugar ni siquiera a un remedo de erotismo. Días después vuelven a juntarse, con la misma falta de entusiasmo. No se entienden ni tienen interés en hacerlo. Alberto trata de explicar, sin mucha convicción, el personaje que pretende ser: “Él era un poeta. Vivía la poesía como una maldición que había que llevar adelante. Esto lo dejaba al margen de todo, del amor inclusive [...]” (47-48).

Cuando ya no encuentran qué decirse, un tercer personaje, Lalo Mujica, llega a aliviar el tedio de ese encuentro:

Cora lo conocía ya. ¡Quién no lo conocía! Su figura había sido derrochada en todos los lugares de Santiago que algo tienen que ver con la literatura, desde la Universidad hasta la taberna más sórdida. [...] Se jugaba en todo momento y en todos los ambientes imaginables; pero es de suponer que al final solo le quedaba un saldo agrio. La soledad debía ser su enemiga terrible (49).

Aun cuando en la parte inicial de la novela nos encontramos con estos solitarios, eufóricos o depresivos, *El tiempo banal* no incurre en el tópico del solitario en medio de la muchedumbre. Sí trae el recuerdo lejano de aquellos escritores latinoamericanos de fines de los 30 y principios de los 40. Del aislamiento, la desolación, la apatía y el mutismo en que viven los intelectuales en el Buenos Aires de *Hombres en soledad*, de Manuel Gálvez, o de *La Bahía de silencio*, de Eduardo Mallea. Pero en la novela de Gálvez el aislamiento es dramático y hay una desesperada necesidad de París. Alberto y Cora, en cambio, viven sus vidas marginales y mínimas sin desesperación, sin ni siquiera resignación porque no tienen como referencia otras vidas u otros ámbitos. Parecen inmunes a ese deslumbramiento de París que encandiló a más de una generación de escritores y artistas hispanoamericanos. En realidad son ajenos a cualquier deslumbramiento. Los comentarios que hace Lalo Mujica de las últimas obras de Genet o de Simone Weil, no los seducen. Padenen sí de cierta sensación de desajuste y de un aburrimiento evidente. Se entregan sin resistencia al tiempo banal.

Se advierten también, en esta novela de Atías, trazas menores de la literatura de “introspección nacional”, de los autores que exploraron los pliegues de sus respectivos países tratando de descifrar los orígenes del malestar de la nación o de precisar

el momento en que se produjo la desviación hacia ese malestar, como Jorge Basadre en Perú, y Martínez Estrada y el mismo Mallea en Argentina.

Las reflexiones de Atías sobre las atmósferas y fatalidades nacionales que envuelven a sus personajes son moderadas. Se condensan principalmente en lo que llama “el tiempo banal”:

*Existe un tiempo de la nada, cuando los desarrollos se gestan. Hay una germinación oculta, más allá de la conciencia del hombre, de la representación de las cosas. Los hombres sospechan cuando esto está ocurriendo e impotentes, aguardan y callan. Todo acto resulta arbitrario cuando se trata de forzar ese instante incierto. Para no desesperar, las personas se recogen en sí mismas, se preparan para afrontar las nuevas formas que las obligarán a decidirse. (énfasis del autor).*

En su inicio, la novela parece detenida en este “tiempo de la nada” que se presenta como un singular patrimonio de la nación:

Es el país, tal vez, el que atrapa – escribe Atías -. Los chilenos se pierden en una oscura sustancia que logra derrotarlos a cierta hora del día y que les va creando el hábito de inhibición. La ruptura de esta cáscara pesada exige un esfuerzo supremo cada vez y el consiguiente cansancio (43).

Las fiestas, los encuentros, las conversaciones son desgastadas, tal vez porque el lenguaje verbal está agotado y solo sirve para matar los silencios incómodos:

[...] en nuestro país las palabras muchas veces resultan superfluas; al contrario, vienen a oscurecer las cosas. Hay un lenguaje solo comprensible para los chilenos, hecho a base de grandes fallas de coherencia, de toda suerte de dificultades de expresión. Y sin embargo todo lo que se quiere decir queda revelado por un misterioso hilo conductor (47).

Por lo tanto, no es necesario hablar, pero los personajes se empeñan en hacerlo. Por eso, en relación con el personaje de Alberto, el autor anota: “[...] surgía un tipo de confusión, habitual en los escritores del país. Mientras hablaba, el halo de aburrimiento se desprendía de su persona y lo envolvía principalmente a él mismo. Estaba perdiendo el tiempo; ‘esa’ no era su verdad” (48). Y mucho más adelante apunta: “Una vieja charla había sostenido la noche anterior hasta avanzadas horas. La sentía hincharse en el abdomen; una charla inútil. Ahora eran restos casi vivos. Sentía el ácido del vino, el vino oscuro de las ideas geniales, las flores literarias expeliendo su aire marchito” (156).

El tiempo banal satura las relaciones y la vida social, desde el pequeño banquete que el cartero le ofrece a sus suegros, hasta la fiesta de la *snob* Margarita Rivera:

Las personas habían alcanzado ese grado inmediato a una decadencia, precursor del desgano. Algo como una vacilación general parecía hacerse presente en esa reunión que llegaba a su fin [...]

Había que seguir hablando a pesar de la vaciedad en que habían caído [...].

Los esfuerzos de la dueña de casa por levantar el tono mundano de su fiesta, se estrellaban contra una resistencia sorda, que oponían diversas 'personas' que se mantenían juntas aún, con una vaga sonrisa en los labios, pero a las que ya no podía unir nada (70 -71).

La primera parte de la novela es la de este tiempo de la espera, de las germinaciones secretas que se gestan más allá de la conciencia: el tiempo banal que se manifiesta solo en sensaciones vagas o en malestares oscuros. Hay avisos de la forma en que se va a resolver ese tiempo detenido. El matrimonio feliz del cartero y su joven esposa vuelve a su habitación después de un abundante almuerzo familiar: "El regreso en la tarde se efectúa bajo el signo de un oscuro malestar. Algo ha quedado dañado en esa pareja que parecía inexpugnable" (44).

También se agrieta la relación entre Fernando Blanco y su mujer, Eugenia. Ellos tienen un gran fundo, que está a cargo de un administrador inescrupuloso. No les interesa mayormente el campo. No invierten en él. Blanco usa todas las ganancias que da la agricultura para sus negocios financieros en la Bolsa de Santiago.

El tiempo banal es una acertada intuición literaria de Atías, es el tiempo de la ciudad detenida en la espera, en el desgano, en la conversación inútil. Desde luego no puede prolongarse indefinidamente. En la segunda parte de la novela se produce la dramática consumación de ese tiempo secreto. El pequeño mundo *naïf* del personaje del cartero, se derrumba cuando su esposa Luisa lo abandona con "El Chano", un delincuente que es el polo opuesto de su marido honesto y ordenado.

En el fundo donde Blanco pasa unos días de vacaciones, se produce uno de los desenlaces mejor logrados de la narrativa nacional. El capataz, que es el único que tiene verdadero interés en la tierra y en los inquilinos, despedido por el administrador, se emborracha, mata a sus dos hijas y a sus animales y se estrella con su caballo contra un árbol. Entretanto, llega intempestivamente desde Santiago el empleado de la oficina comercial de Blanco, para informarle que uno de sus socios lo estafó, se fugó, y que ahora él tiene que responder por una cantidad sideral, de la que no dispone.

Entretanto los inquilinos se agrupan frente a la casa. Quieren saber qué hacer con los restos del capataz y de sus hijas muertas. Los patrones no les prestan atención. Con la llegada del instructor de polo de Blanco, que habla despreocupadamente de caballos y jinetes, el autor consigue un eficaz contraste de caracteres porque en el fundo también está Alberto, el poeta que ha ido a hacerle clases a una de las hijas de los dueños.

Alberto queda en una especie de tierra de nadie, entre los latifundistas y el pueblo: “Abajo están los campesinos que él había ayudado a organizar durante el Frente Popular”. “No se había avanzado una pulgada desde entonces” –anota Atías y en esa acotación está el germen de su novela siguiente, *A la sombra de los días*, que aparecerá diez años después.

El autor hace guiños extraños a sus lectores: las finas yeguas que nombra el instructor de polo: Lourdes y Bulgaria, tienen los mismos nombres de los hoteluchos en los que se oculta el Chano, que luego de asaltar una joyería y matar al dueño, anda prófugo con la mujer del cartero. Tal vez esta coincidencia de nombres de yeguas de pura sangre y hoteles de mala muerte, marque irónicamente la distancia insalvable entre dos clases sociales.

Los contrastes de la escena se enriquecen con un alegre grupo de jóvenes, que llegan con las hijas de Blanco. Este se va a la pesebrera de sus caballos poleros. La evolución de este personaje muestra la habilidad de Atías: en lugar de reaccionar con desesperación o rabia frente a su ruina inminente, Blanco la asume como una liberación y al mismo tiempo como una oscura venganza contra su esposa, Eugenia.

Ha reventado la carga acumulada de tiempo banal y al hacerlo disloca el mundo. Luego este comienza a recomponerse. Después de tocar el fondo de la humillación, cuando es golpeado por El Chano, el cartero rehace su vida aferrándose a su trabajo y a la actividad sindical. Lo llevan a un cuartel policial, para interrogarlo sobre las correrías del Chano. En la espera se encuentra con Blanco. La novela termina cuando este le pide fuego al cartero. Se produce entonces un encuentro tan fugaz como irrelevante, que no hace sino subrayar, una vez más, la distancia entre dos clases que habitan en una ciudad donde la segmentación social parece ser la única estructura que de alguna manera, aunque sea perversa, mitiga la disgregación.

Hernán Díaz Arrieta, Alone, en su crónica de *El Mercurio* de Santiago hizo notar que distintas autoridades habían comentado *El tiempo banal*, “todas con elogio, algunas con entusiasmo, y, como para confirmar estos juicios, el público ha agregado al éxito de la crítica el éxito de librería”.

Un crítico que firma con las iniciales JLA, hizo notar en la revista *Aurora* “la ausencia de la clase obrera” en esta novela. Advertía también el relieve que tiene “El Chano”, “- personaje de los bajos fondos, un ‘lumpen’ - lo que no estaría mal si, por otra parte, emergiera la figura típica del obrero con conciencia de clase” (180). Esta crítica muestra una arista interesante de la recepción que tuvo la novela en algunos sectores de la izquierda: echaban de menos ciertas “figuras típicas” del proletariado, para que el relato respondiera a algún modelo pre establecido de lo que debía ser la novela.

Se ha situado a Atías en la generación del 38, marcada por el triunfo del Frente Popular, por la guerra civil española y por el ascenso y la derrota del fascismo. Pero, como advierte Cristián Montes:

[...] la retórica un tanto sobrecargada de barroquismo, un naturalismo todavía regulador de la perspectiva narrativa, la denuncia social marcadamente explícita y el énfasis documental que caracterizan a la narrativa del 38, dan paso, en la novela de Atías, a una escritura de mayor complejidad y riqueza expresiva. En este último se trata de una producción artística donde la dimensión psicológica de los personajes [...] [junto a] la denuncia social [cuyo carácter] es más implícito y sutil, y una conciencia sobre la autonomía del objeto artístico [que] se evidencian en la complejidad formal [de *El tiempo banal*] [...] (164-65).

En efecto, Atías es maestro en mostrar los conflictos ideológicos y las tensiones políticas y sociales, a través de las vidas privadas de sus personajes.

Atías escribió también algunos relatos breves que reunió en el volumen *Un día de luz*. En estos cuentos construye personajes como el de “El jefe”, en el que muestra también su reticencia frente a los entusiasmos políticos:

–“Ideales, ideales...- pensaba -¿cuáles son los míos”. De muchacho había pertenecido a un grupo de jóvenes más o menos anarquistas, hecho singular, muy comentado en el aristocrático colegio donde se había educado. Ahora, todos esos “ácratas”, como les llamaban, que llegaron en una oportunidad a quemar los textos de estudio, se reunían cada cierto tiempo en un restaurante de lujo; pero la aventura juvenil no tenía fuerzas ya; no era suficiente para animarlos, para sacarlos del pesado fango de la conversación financiera a la que, invariablemente, derivaba la cuita (47).

En 1965, diez años después de *El tiempo banal*, aparece la segunda de las novelas mayores de Atías, *A la sombra de los días* que se desarrolla en un largo periodo, de alrededor de un cuarto de siglo, entre los años del Frente Popular y 1963. Esta también es, en cierto modo, una narrativa en la que se palpa la presencia del tiempo. Pero a diferencia del tiempo banal, este es un tiempo que al transcurrir se agrava, se gasta; deteriora y degrada lo que fue, y deroga o anula lo que pudo haber sido.

La novela relata los procesos paralelos de desintegración, el de un amor grande y extraño, y el de un proyecto político de dimensiones no menores.

Se ha dicho que la figura del triángulo está en los inicios de las historias de amor en la tradición occidental. En este caso el triángulo está formado por Mauricio Gálvez, un abogado socialista; Alfred Lambert, quien no cree en nada, pero por conveniencia adhiere sin entusiasmo al naciismo criollo, y en el vértice, Sara, la mujer impredecible y cuya intimidad se mantiene siempre inaccesible para sus amantes. Ella administra el triángulo, dosificando los amores y castigos que otorga a cada uno de sus hombres.

Hacia el final de la novela, Gálvez y Lambert celebran una larga y regada reunión en el restaurante santiaguino “Strand”, en 1963, para revisar lo que ha sido ese amor.

–Los tres – dijo con una voz de complicidad casi sensual (Mauricio) - estamos coludidos como una trailla de perros callejeros (...) Si cualquiera de nosotros dos desapareciera, la famosa pasión se iba al diablo, perdería su condición viciosa, que es lo que la sostiene y alimenta” (146).

En efecto esa relación tiene algo de colusión perversa y sorprende que a mediados de los años sesenta se construya el relato de una prolongada relación de dos hombres fieles a una misma mujer infiel. Pocos años después, en 1968, aparece la novela breve *El impedido* de Juan Godoy, sobre una pareja que para resolver el problema de la disfunción sexual del varón, incorpora a un tercero a su relación. Tal vez hoy estas novelas podrían leerse como algunas de las primeras señales del agotamiento de la entonces todavía monolítica sociedad patriarcal.

El proyecto político que se degrada es el del Frente Popular. En 1963 la Revolución parece mucho más lejana y menos posible que en 1920 o que en 1938. *A la sombra de los días* es, en cierto modo, una dura crítica a la izquierda; autocrítica más bien, ya que Atías fue militante socialista.

Mauricio, también socialista, trabaja en una caja fiscal a la que ingresó hace más de veinte años “junto a la estridente oleada de burócratas que suministró el Frente Popular, cuando se abordó el gobierno como si se tomara una plaza[...]”. Estos empleados pretendían hacer oír desde ahí las demandas de las masas, pero muy pronto constataron “que tal plaza resultaba una especie de charca, unas oficinas con escritorios desvencijados, desde donde, por cierto, era más que difícil poner en marcha los propósitos reformistas que los empapaban y ensoberbecían” (8).

Desde el año 1963 Mauricio recuerda como ya en el 38 los militantes se engolosinaban con los cargos burocráticos y los ministros y altos empleados se acostumbran a los automóviles: “¿Qué quieren – alegaban - si en el gobierno se dispone de autos, los vamos a dejar?”

Los empleos los transformaban, eran una especie de *dandies* del pueblo. Llegaban a la “Casa México” a última hora, como a regañadientes, y se marchaban a la primera oportunidad [...] Los obreros se quejaban, solo la clase media se acomodaba. Pedían por lo menos que los ministros asistieran al partido [...] ¿En qué se diferenciaban de un partido burgués? (50-51).

En sus correrías por la ciudad, Mauricio pasa frente al edificio del diario *Crítica*, del que fue redactor “ahora, en 1963, asiento de un sucio club social donde se ofrecían platos baratos” (136).

Otras escenas de la novela muestran el final de la promesa que fue la izquierda de 1938. En el pueblo de Renco, Mauricio, que acude a una frustrada cita con Sara, se encuentra en cambio con un pegajoso veterano socialista que le dice:

El marxismo hace agua por los cuatro costados, sus líderes han puesto a prueba su fragilidad, recuerde a Stalin. Y el propio capitalismo ha desvirtuado su mito principal, el de la fatalidad de las crisis. Le hablo como rotario, dirá usted. Pero vea la realidad, la prosperidad de los países capitalistas, el ¡famoso milagro alemán!, el *florecimiento* yanqui (114).

En una fuente de soda Mauricio ve llegar a los integrantes de un equipo de baby fútbol y termina tomando una cerveza con ellos:

Casi todos eran muchachos proletarios, pero no parecían explotados, se salvaban de cualquier manera del pesimismo y la pobreza. Los dramáticos hombres de un cuarto de siglo atrás, el proletariado del Frente Popular, dejaba sitio a una estirpe estrepitosa que se las componía con un poco de cerveza y música de Wurlitzer (130- 131).

El padre de uno de los jóvenes había sido deportado en 1947, durante las persecuciones a los comunistas de González Videla. Todo lo que queda de ese pasado heroico es el nombre que los chicos le pusieron a su equipo: Volga – Volga, como un gesto hacia sus padres comunistas y socialistas que admiraban a Rusia. Pero los jóvenes declaran: “- No nos metemos en `la política`, no nos gusta ¿Qué sacaron los viejos? Solo joderse...” (134).

Mauricio Gálvez reflexiona: “No hemos hecho más que envejecer junto con nuestras pasiones e ideas fijas [...] Viejas como ese pedazo postergado de Santiago cercano a la Estación Central, como el amor de Sara” (131). Gálvez considera su militancia como una especie de fatalidad: “como había curas, como había filatélicos, él era un socialista. Cada cual perseverando en el surco o la trampa donde le tocó caer” (130). Sin embargo se aferra a esa militancia, porque es lo único que le va a quedar una vez que se libre del amor de Sara.

Lambert es un personaje admirablemente construido, conmueve por su indefensión y su entrega total a Sara. Por ella se deja arrastrar al nazismo y participa en el intento de golpe que dan los nacionalsocialistas chilenos, que termina con la llamada “matanza del Seguro Obrero”. El relato de este suceso, visto desde la indiferencia política de Lambert, da lugar a algunas de las mejores páginas de la narrativa del 38.

Finalmente, Mauricio y Lambert, coludidos, consiguen deshacerse de ella: “El espectro de Sara estaba reducido a su mísera proporción, no tenía capacidad ya para moverlos un milímetro de sus cómodos asientos” (179). Los tres constatan que han desperdiciado los mejores años de sus vidas en un amor y en proyectos políticos inútiles. Las últimas escenas de la novela muestran a los tres celebrando o proyectando sendos ritos de purificación: duchas frías y calientes y baños de vapor, mientras sus voces se confunden en una especie de triple monólogo interior.

Tanto en *El tiempo banal* como en *A la sombra de los días*, el autor cumple el cometido que él mismo propuso para la literatura nacional: devolver “transformado en valor, en símbolo literario” el elemento de la realidad que generó su obra.

No ocurre lo mismo con ...*Y corría el billete*. Se trata de una novela ocasional, apresurada, escrita en cerca de cuarenta días. El tiempo se desquita de las cosas que se hacen sin tomarlo en cuenta y en efecto, la relectura de esta novela hace evidentes sus debilidades. Entre otras cosas, el relato se va haciendo desde la voz de cada uno de los personajes que son muchos y que proceden de mundos muy distintos y esas voces son poco convincentes. Detrás de esas voces se advierte la voluntad autoral que las dirige. Tampoco convence la transformación que experimenta el protagonista, Mario Caro.

La novela se publicó en 1972. La acción ocurre durante el gobierno de la Unidad Popular, por lo que en esta ocasión el autor no tuvo la distancia crítica con que examina al Frente Popular en *A la sombra de los días*. Pero hay que considerar que es un relato contingente y de batalla, escrito sin grandes pretensiones literarias, destinado a todo lector, entre ellos y tal vez preferentemente al lector popular. El escenario principal de la historia es una gran empresa textil estatizada, donde un alto empleado del antiguo dueño, intentan el *boicot* mediante la corrupción de algunos obreros, mientras el resto que son la mayoría, se esfuerzan por elevar la producción.

Es posible que esta obra, a la que el mismo autor calificó de “novela tabloide”, quede como un exponente de la literatura de batalla que se produjo en los días del gobierno de Allende, y no deja de ser meritorio que escritores del talento y la trayectoria de Atías, hayan incursionado en este tipo de narrativa.

...*Y corría el billete* se publicó en grandes tiradas: la edición de Quimantú, de 1972, fue de cincuenta mil ejemplares. Asimismo se publicó en la Unión Soviética, en la *Revista de Literatura extranjera*. Volodia Teitelboim acota que esta revista tenía “un tiraje superior al millón de ejemplares”.

En 1973 Atías se encontraba en la URSS, participando en un homenaje al poeta Alexander Pushkin, cuando el golpe de estado del 11 de septiembre derrocó al presidente Salvador Allende. El novelista no pudo regresar entonces a su país. Posteriormente hizo algunos esfuerzos infructuosos por volver. Desde el exilio organizó un congreso literario que se realizaría en Santiago, pero fue prohibido por el gobierno militar.

Atías escribió en el exilio su última novela, *A contracorriente* que se publicó en 1978, en París, en francés con el título de *La sang dans la rue*, que alude tal vez al verso “Venid a ver la sangre por las calles”, con el que Neruda concluye el poema “Explico algunas cosas”, de *España en el corazón*. La novela se subtitula “Los días de Allende”. El protagonista es un corresponsal uruguayo que trabaja en un reportaje sobre el gobierno de la Unidad Popular. Como anota Teitelboim:

Se encuentra con una página de la historia y la recoge como testigo. Se siente a ratos la mano del reportero que traza la crónica; pero el novelista no tarda

en poner en juego su poder de representación, reviviendo no solo el proceso político sino todos los elementos concernientes de la sociedad, de la psicología colectiva e individual. Se sitúa en el centro del torbellino (74).

Esta novela cierra el ciclo narrativo de Atías, que comprende el largo proceso que va desde el gobierno del Frente Popular al de Salvador Allende. Desafortunadamente no llegó a publicarse en español, en su versión original. Además de la traducción al francés se publicó en ruso, en Moscú, en los números de enero y febrero de 1978, de la *Revista de Literatura Extranjera*. En español solo conocemos los fragmentos que publicó la revista *Araucaria de Chile* ese mismo año. Sería interesante dar con el paradero de los originales de esta novela, para publicarla en el año del centenario de su autor.

En 1979, mientras conducía en París, para asumir un trabajo en la Ecole Normal de Saint –Cloud, Atías sufrió un infarto y se estrelló contra un muro.

Aun cuando vivió en los años de esperanza en la utopía, la obra de Atías tiene un persistente tono de escepticismo político. Hasta su novela de batalla, ...*Y corría el billete*, termina con el inminente asesinato del protagonista, que había renunciado a seguir colaborando con el grupo de los que recibían dinero para boicotear la producción de la fábrica en que trabajaban, y estaba en vías de convertirse en uno de esos obreros con conciencia de clase, que un crítico echaba de menos en *El tiempo banal*. Tal vez ese escepticismo fue la consecuencia inevitable de la lucidez del autor.

## BIBLIOGRAFÍA

Atías, Guillermo. *El tiempo banal*. Santiago: Nascimento, 1955.

\_\_\_\_\_. “La literatura como lujo”. *Atenea. Revista bimestral de Ciencias, Letras y Artes* 380-381(1958): 49-58.

\_\_\_\_\_. *Un día de luz*. Santiago: Ediciones Inecupebe, 1959.

\_\_\_\_\_. *A la sombra de los días*. Santiago: Empresa Editora Zigzag, 1965.

\_\_\_\_\_. ...*Y corría el billete*. Santiago: Quimantú, 1972.

\_\_\_\_\_. *La Contracorriente*. Fragmento de novela inédita en español. *Araucaria de Chile*. Madrid. 3 (1978): 185-192.

Díaz Arrieta, Hernán (Alone). “Crónica Literaria, *Tiempo banal*, novela, por Guillermo Atías (Nascimento).” *El Mercurio*. Santiago. 3 Feb. de 1956.

J.L.A. “*El tiempo banal* (Guillermo Atías)”. *Aurora* 5-6 (1956): 179 – 181.

Montes, Cristián, “El cronotopo de la exclusión en tres novelas chilenas de la generación del 38”. *Revista Chilena de Literatura* 73 (2008): 163-188.

Teitelboim, Volodia. “Guillermo Atías. Los días de la Contracorriente”. *Araucaria de Chile* 10 (1980): 69-75.



## TIEMPO BANAL, NOVELA, POR GUILLERMO ATÍAS (NASCIMENTO)

### Alone<sup>1</sup>

Nació esta novela, algunos meses ha, sólidamente prestigiada por un buen premio literario. Distintas autoridades la han comentado después, todas con elogio, algunas con entusiasmo y, como para confirmar esos juicios, el público “juez inapelable” (aunque no infalible, pues suele volver atrás) ha agregado al éxito de crítica el éxito de librería.

El autor tiene derecho a creer que “*son coup d’essai*” ha sido un “*coup de maitre*”.

Sin embargo, nos parece que nadie ha concedido aún su efectiva importancia a un aspecto de la obra tan característico y fundamental que, para nosotros, si se la omite, es como hablar de otro libro, de cualquiera.

Solo Merino Reyes lo toca de paso: “...la nota del humor —dice— ha sido *sabiamente administrada*”. Ricardo Latcham, en un balance de fin de año, lo declara “muy bien ubicado en lo formal e instrumental”. Él, como profesor, sabrá lo que dice. El P. Dussuel le dedica, grave y profusamente, cierto tipo de alabanzas que retraen al lector. Uno de los más atentos y comprensivos, el doctor Juan Marín, se limita a exaltarlo rápidamente.

Debemos confesar que este “recibimiento” de parte de autores y lectores, esas interpretaciones elogiosas y autorizadas, nos impidieron durante varios meses la entrada al *Tiempo banal*, como si hubiéramos querido abrir sus puertas con una llave que “no le hacía”.

Esperábamos, desde luego, hallar en él cuanto habitualmente se llama prosa bien escrita, correcta, sin asonancias, consonancias, disonancias, etc. Y ocurría lo contrario: no hacíamos sino descubrir tal cúmulo de repeticiones, cacofonías, vocablos ligeros o no ligeramente mal usados, regímenes viciosos, párrafos líricos e inútiles, anotaciones superfluas, frases desequilibradas, sin música interior, cuantos cometen generalmente los principiantes inhábiles, que optamos al fin por tenerlo como uno de tantos y dejar a los panegiristas la responsabilidad de su fervor.

---

<sup>1</sup> *El Mercurio* [Santiago]. 5 Feb. 1956: 3.

La impresión que una novela causa depende no solo de su mérito sino también, ¡ay!, de las circunstancias, de mil pequeños detalles, a veces, imperceptibles y que no advierte ni el mismo que los sufre.

Entonces, abandonando el ruido de la ciudad, nos establecimos en una hamaca, bajo unos inmensos castaños pacíficos, lejos de autos, radios, cine, periódicos, apuros y cuánto hace infeliz al habitante de la calle, impidiéndole la vida: allí leímos, releímos, anotamos.

Aparece un Alberto, que por la tarde se va a la Estación Central, no para tomar el tren, sino para entretenerse. Le gusta ver a los pasajeros llegar y salir con sus paquetes, sus canastos, sus maletas, perdido en la multitud. Se le acerca una mujer. “Ud. me espera —le dice—. Yo soy la mujer del tren. Al fin llego para Ud.” ¿Una loca, una actriz, una aventurera? Una poetisa, una simple poetisa, pobrísima, aficionada a la cerveza: Cora. Se lleva al hombre de la Estación a un restorán cercano, inmundo, y pide botellas y vasos. Después se lo lleva a su dormitorio. Habita una piecicilla infecta al último de una casa antigua de la calle Compañía, una gran casa, antaño decente, hoy casi conventillo. Hay una cama. Tranquilícense y desengáñense los puritanos, los púdicos: nada de lo que están pensando sucede. Alberto se marcha de la habitación de Cora, tal como llegó.

La originalidad del tipo de la Estación, de la tipa bebedora, ambos escritores, sucios y ridículos, lo extraño de esa escena, contada como natural, dejan al lector pensativo.

Las cosas van sucediendo con rapidez.

Es una de las considerables virtudes que Atías revela. No le gusta detenerse, describir minuciosamente, causar efectos de belleza con paisajes, personas, casas o cosas. No es pesado. Tampoco lo roe una prisa inmoderada. Va a buen paso de andadura, mirándolo todo, sin predilección por lo feo o hermoso, como si esto y aquello le interesaran equitativamente.

Cora y Alberto, simples comparsas, sirven para mostrar la calidad, el carácter, las intenciones del autor.

Son extremadamente curiosos.

El argumento gira en dos esferas, la más alta y la más baja. Arriba, Fernando Blanco, casado, no muy avenido con su esposa, tiene un auto largo, una ancha hacienda y numerosas acciones; trabaja sus tierras mediante un administrador y juega personalmente en la Bolsa. Abajo, bulle el mundo de Cora y Alberto y se agiganta el Cartero, un enorme Cartero, huelguista, bonachón, de cuarenta y cinco años, casado con Luisa, que solo cuenta veintitrés y lo engaña con el Chano, pensionista como ellos de la calle Compañía.

Las escenas, los cuadros, los diálogos se van contraponiendo continuamente, sin violencia. Guillermo Atías posee el instinto de la variedad y no se obstina ni se empecina. Parece haber meditado la famosa frase de Barrés: “Hay una sola cosa superior

a la belleza: el cambio”. Sabe que vivir es, por esencia, cambiar, que el tiempo banal o no banal, está constituido por la sucesión de los cambios. San Agustín lo definía el “nunc ruhens”. Y nada de ostentaciones filosóficas, metafísicas, teológicas, científicas, históricas o de sociología. La novela es la vida; debe caminar. Si se para, se petrifica como la mujer de Loth. Y queda abandonada, solitaria, en el camino.

A veces, sin embargo, Atías sufre tentaciones y se aventura. Hay, por allí, cierto párrafo largo sobre la luz. Es un párrafo poético. Hay otro, allá, más corto, sobre el tiempo. Dice que “existe un tiempo de la nada”. Está en letra bastardilla. De cuando en cuando, reflexiones existencialistas afirman a los personajes, se hunden bajo tierra, los hacen pensar trascendentalmente en su posición. Pero el peligro pasa pronto. No dañan a la narración y han dado motivo a comentaristas para descubrirle intenciones profundas; lo que nunca está de más.

Lo importante es que la máquina marche.

Cora atrae a Luisa, vecina suya, joven esposa del gran Cartero y le ofrece el espectáculo corruptor-moralizador de su embriaguez, de su vacío, de su desesperación. En la decadencia de la calle Compañía habitan, Luisa, la mejor pieza; Cora, la peor. ¡Esa casa! “Una idea simple sirvió al constructor de esa casa para utilizar el espacio que se le daba a llenar. Un esquema, por lo demás, en boga hace 50 años; esto es, cercar un espacio central, llamado *hall*, con habitaciones anexas. Si sobraba espacio, se continuaba haciendo *halls* hasta el infinito. Así, después del último de estos *halls*, del más miserable, después de la cocina, donde la servidumbre actual tenía alojamiento, ya que diversas prendas recién lavadas de esta gente pendían de un cordel estirado de un extremo a otro de la galería, había encontrado refugio esta amiga del arte”. Luisa, pura, intacta, se compadece de la pobre Cora, poetisa fracasada que reclama el suicidio. Sucedió lo que tenía que suceder. Por culpa de Cora, Luisa conoce a El Chano, maleante engominado, pequeño ladrón, pequeño asesino, con un copete reluciente. El Chano la seduce y Luisa abandona a su gran Cartero. Este, por su parte, se preocupa de organizar una huelga y pasa mucho fuera de su domicilio donde, sola, se aburre su mujer. Los deberes gremiales obliganle a descuidar los conyugales. Inútilmente buscará, después, a Luisa por los restaurantes nocturnos de la calle Bandera y más inútilmente, aún, la encontrará, bebiendo, en compañía de su rufián.

Luisa aprecia al Cartero y desprecia a El Chano: pero los brazos de éste le han revelado el amor y rehúsa volver al lecho legítimo. El pobre Cartero, muy grande, va por la noche con un sombrero muy chico, procurando resignarse.

Bruscamente, sin transición, sin motivo ni advertencia —también sin que nada de eso haga falta— pasamos de esa miserable esfera, maloliente, andrajosa, al plano opulento, aristocrático, barnizado, con reflejos metálicos que Fernando Blanco y su mujer habitan. Barrio alto, Oldsmobile, fundo en Colchagua, Club de la Unión, transacciones, un alto alemán dudoso, multimillonario, que especula en dólares, un

capataz despedido que se suicida, malos negocios, estafa, ruina, cárcel. El alemán de los millones ha volado dejando a Fernando en vergüenza, delante del comisario de policía.

La novela concluye con una escena en que Fernando Blanco, preso por estafa, le pide fósforos para encender su cigarrillo al Cartero, citado para prestar declaración sobre El Chano. La última frase es: “¡Caramba, qué hombre tan grande!—se dijo Fernando al verlo avanzar hasta él”.

Desgraciadamente, estas exposiciones y explicaciones bordean el peligro que corrimos nosotros: no dar ninguna idea o dar una idea completamente errada de la obra, presentar a Guillermo Atías como un escritor cualquiera.

Ahora bien, a nuestro juicio, trátase de alguien extremadamente original, de un temperamento curioso, tal vez único, dotado de raras condiciones, con una manera completamente distinta de escribir, no se sabe si hábil o ingenua, pero, en todo caso, si se le toma como se debe, deliciosa.

¿En qué está su gracia?

Leyéndolo en aquella hamaca bajo la paz de esos castaños, un divertido pasaje nos sorprendió y se lo leímos en voz alta a una persona que hojeaba una revista en un sofá colgante. Entonces lo descubrimos. Reíamos los dos a poco andar con tan absorbentes risas que de común acuerdo suspendimos la lectura. Nos mirábamos estupefactos. Otra persona, que estaba lejos, sumergida en los funerales de Francisco José, bajó de sus altas habitaciones para preguntar por qué nos reíamos tanto: ella no había podido seguir con el necesario recogimiento la escena de la muerte imperial. Reanudamos la lectura del libro de Atías y poco después no eran dos sino tres los que reían bajo los árboles, gozando, divirtiéndose, completamente desconcertados<sup>2</sup>.

Porqué [*sic*], ¿dónde está la gracia?

Es un problema.

Guillermo Atías no es un humorista profesional. No pertenece, por suerte, a esa estirpe esclavizada, que encadena la fatalidad de burlarse. Apenas se le divisa cierta intención irónica muy tenue, de cuando en cuando. Es un costumbrista exacto, un pintor de tipos, un descriptor de escenas y personajes, a menudo dramáticos, sumamente fiel, exacto, serio. Reproduce la atmósfera, traslada al medio ambiente, nos introduce en la casa del pobre, en los restaurantes dudosos, sube, no con tanto colorido, a los salones

---

<sup>2</sup> Capítulo XXI, págs.. 156 a 163.

Este y otros pasajes diríanse influidos por la técnica del “ballet”: la exageración se equilibra entre lo grotesco y lo simbólico. El Cartero y El Chano también, a ratos parecen tipos de ballet. La muerte del cap[a]taz despedido que se desespera, mata a sus cuatro perros, a sus dos hijas y después se mata él, a caballo, con el caballo, alcanza también, trágicamente, ese límite. Atías no muestra nunca el propósito de hacer arte trascendental, que es como mejor se hace; se funda en el espectáculo, en el placer de vivir, de mirar, participa del juego.

aristocráticos y hace hablar y vivir a la gente millonaria, entremezcla el local de los carteros y la hacienda campesina, habla de los explotadores y los explotados, sin fe en doctrinas, sin abanderizarse, sin zaherir a unos ni a otros, diciéndoles la verdad, viéndolos con una mirada personal y nueva, a veces vaga, a veces precisa, siempre ligeras. Aquí zarandea al rufián nocturno, allá mata a un capataz desesperado, hace beber a la desastrosa poetisa, nos lleva a una fiesta agonizante, alternando los cuadros con pausas.

Recordamos el viaje a San Fernando y un bar ridículo, recordamos el pulpo de estopa, símbolo del capitalismo durante los desfiles obreros, mueble casero en el club del sindicato.

¿Por qué causan alegría, cómo desencadena irresistiblemente las carcajadas? ¿Lo quiso, no lo quiso? ¿Lo sabe siquiera y se lo propone? ¿O aquello le brota de un modo espontáneo, por virtud interna? ¿Hay en él una chispa de Violeta Quevedo “sabiamente administrada”, o es puro cálculo, técnica, talento y preparación?

Graves misterios.

Se sienten oleadas de Proust, pasan máquinas de Kafka, marchan acompasadas corrientes modernas de novelistas americanos, deslizándose sobre un fondo criollo, chileno, nacional, lleno de malicia, ¿o de candor?

No se sabe.

Diríase a veces un niño genial, otras un viejo desengañado que ríe; por instantes fugaces, un pensador, un sentimental patético; los mismos descuidos, los perpetuos descuidos, esos que cualquiera, por decoro, va limando, diríanse un procedimiento. Escribir mal puede ser un medio muy eficaz de escribir bien.

Extraño Guillermo Atías.

Nunca se acaban de explorar los secretos de la técnica literaria y ha de ser temerario o inconsciente quien pretenda decir la palabra definitiva, formular la ley segura.

En este gozoso vaivén de las incertidumbres, algo, sin embargo, sobrenada, concreto: cierto deseo de que Guillermo Atías publique otra novela.

De bien pocos diríamos lo mismo. Acaso porque ninguno posee como él, ese don de la personalidad, la facultad de crear seres imaginarios, discutibles, que no son reales, pero que viven, porque tienen carácter, animación, un “no sé qué” de humano.



*A LA SOMBRA DE LOS DÍAS*  
Novela, Santiago, Editora Zig-Zag, 1965. 222 págs.

Hernán Loyola<sup>1</sup>  
Universidad de Sássari, Italia  
loyolalh@gmail.com

De las novedades editoriales de los últimos meses, una de las mejores es este relato de Guillermo Atías. Casi una gran novela. El “casi” porque la sentimos incompleta, con déficit de densidad narrativa en pasajes importantes, sobre todo al comienzo. Pero nos interesa que la reserva no aparezca excesiva: al revés, vemos en *A la sombra de los días* una de las novelas más importantes del año. Novela dignamente ambiciosa esta de Guillermo Atías, escrita con decoro, con una gran voluntad de rigor y de oficio en su elaboración. Aunque menos lograda que su anterior novela *El tiempo banal*, o mejor menos redonda, nos quedamos sin embargo con esta nueva obra de Atías por su mayor altura de propósitos, por su saludable sinceridad, por su refrescante afirmación de la jerarquía, de la seriedad y del esfuerzo literarios en este tiempo banal de la novela chilena que hoy vivimos.

*A la sombra de los días* se sitúa en el ámbito temático de *Mañana los guerreros* (Fernando Alegría) y de *El rumor de la batalla* (Luis Enrique Délano). Como esas dos novelas de 1964, la de Atías implica un testimonio sobre los años inmediatos a 1938, los años del triunfo del Frente Popular, de la masacre del Seguro Obrero, de la turbulencia político social dinamizada desde lejos por las resonancias de la guerra civil en España y de la Segunda Guerra Mundial —movilización universal contra el fascismo desatado— y desde adentro por la presión de las inquietudes populares. Pero la novela de Atías rebasa más explícitamente el marco de la remembranza, de la evocación revitalizadora de una época decisiva en nuestra historia contemporánea.

¿Más explícitamente? Forzoso es admitir que las tres novelas citadas no surgieron por casualidad sino que fueron estimuladas y alimentadas por una inquietud masiva mucho más actual: por esa fiebre de esperanzas que conmovió y movilizó a la izquierda chilena durante la batalla eleccionaria de 1964, tan reciente y dolorosa

---

<sup>1</sup> “Crónica de libros. *A la sombra de los días*”. *El Siglo* [Santiago]. 28 Nov. 1965: 3.

aún. Se sentía que estaban en juego cosas muy importantes, que vivíamos otra vez una encrucijada decisiva, una jornada culminante. La asociación con 1938, entonces, era obvia. Y es obvio también que los tres novelistas —Alegría, Déllano, Atías— miran hacia el 38 desde la perspectiva del 64. Tal es la determinación raigal más profunda para los tres relatos, como lo fue también para otros “preocupados” que expresaron en otras direcciones temáticas la instancia crucial, que galvanizaba a la conciencia del país (*La culpa*, *Los últimos días*, por ejemplo, y *El peso de la noche*). Pero lo que en Alegría y en Déllano fue una asociación más bien implícita, un correlato subterráneo, en Guillermo Atías intenta problematizarse y novelarse abiertamente. Ello no implica, por cierto, establecer jerarquías de calidad entre las tres novelas respectivas, sino un esclarecimiento diferenciador de propósitos en el manejo de un material común.

Más todavía: en *A la sombra de los días* esa vinculación explícita entre el pasado de 1938 y el presente de 1963 (en este periodo, un año antes de la última elección presidencial, se sitúa el plano temporal básico de la novela) es precisamente el problema narrativo que Guillermo Atías se propuso resolver en su libro, el eje estructural que determina los expedientes novelescos que el autor pone en juego, la selección de situaciones y la conflictualidad de los personajes.

En apariencia, los tres personajes principales de la novela enlazan sus destinos en una conexión frívola y hasta trivial: el triángulo amoroso, un “*menage á trois*” artificioso a primera vista. Lambert, Sara, Mauricio: él, ella, el otro. Lambert es un neurótico, un muchacho confusamente trabado en su vida interior, que en los años anteriores a 1938 ingresó a la organización nazi criolla, impulsado por la necesidad y por su pariente Alfred Lambert. Sara aparece como secretaria de un grotesco líder nazi en esos mismo años, y en las reuniones comunes entabla contacto con Lambert. Este comienza a asediarla hasta que consigue casarse con ella. Pero más adelante, en momentos de disgusto con Lambert, se vincula también a grupos de la izquierda triunfante, y así conoce a Mauricio y se convierte en su amante. Mauricio Gálvez era entonces dirigente socialista, a quien la marea del triunfo electoral situó en un aceptable cargo burocrático. Desilusionado por el deterioro del Frente Popular, por el aburguesamiento de los líderes de su propio partido, se margina finalmente de la vida política activa. Pero mantiene su cargo y su amante. Pasan más de veinte años. Aquí se sitúa la perspectiva temporal más importante para la novela, la que sirve de plano de referencia para los otros tiempos del relato.

En este plano básico la anécdota es simple: Mauricio se encuentra en un pueblucho llamado Renco, a algunos cientos de kilómetros al sur de Santiago. Se ha citado allí con Sara para un encuentro amoroso muchas veces repetido en otros lugares o en hoteles de la capital. El amor, incluso la atracción sexual, han desaparecido ya a lo largo de esos veintitantos años de fugaces contactos clandestinos (no tanto por temor a Lambert, el marido, sino para renovar las sensaciones o embadurnarlas con misterio), y solo subsiste una sombría costumbre, un lúgubre fastidio. Sara no concurre a la

cita. Mientras deambula por Renco se encuentra con un dirigente socialista local de su mismo tiempo, carcomido en su fe política y en su dignidad humana. Durante el viaje a Renco y durante su vagar por el pueblo, Mauricio vuelve en intermitentes retrocesos al pasado de veinte años atrás. Sara, Lambert, el partido, el gobierno frentista. Erótica y política, al comienzo separadas, más adelante entrecruzándose cada vez más en su[s] recuerdos. Desplazamientos súbitos en la narración, del pasado al presente y viceversa. Sin transiciones de una línea a otra. El autor se mueve con audacia y naturalidad en este juego de desplazamientos temporales. Todo es claro.

Paralelamente, Atías intercala la historia de Lambert. Pero esta avanza de un modo clásicamente lineal, desde el pasado hacia el presente. El muchacho confuso y de aspecto deplorable que llega a Santiago, sus primeras penurias económicas, su encuentro con su pariente Alfred Lambert, su ingreso a la organización nazista. Notables capítulos que evocan las asambleas de los fanáticos de la cruz gamada, matizados de un tono levemente farsesco. Sara, Sara. ¿Qué busca en ella? Celos, tortura, la conciencia del engaño. Hay cierto cinismo en el triángulo. El asunto pierde su interés si no fuera así, si “el otro” desapareciera.

Mauricio, en Renco, se reencuentra consigo mismo y decide recomenzar su vida en Santiago, recuperar sus esperanzas, recuperarse en su dignidad y en sus horizontes de vida. Al volver a la capital rompe con Sara y se reincorpora a su partido. Por otro camino, significativamente distinto al de Mauricio, Lambert también ha decidido romper con Sara. El triángulo se deshace. Difícil es condensar y explicar cómo el enlace sutil que el novelista ha venido trabando entre los conflictos personales y los políticos logra al final un desenlace coherente y de significación compleja: la solución del triángulo aparece íntimamente ligada a la solución de la conflictualidad interior, política, de cada uno de los personajes, conflictualidad que en cada uno de ellos se da de un modo reflexivo, temperamental o simplemente vital. Para Lambert esta solución simultánea significará el descubrimiento y la aceptación de su verdadera naturaleza deformada. Para Sara significará el vacío, la disponibilidad amarga y sin horizontes: ella nunca supo jugarse. Para Mauricio significará la revitalización de la esperanza, difícil, dudosa, transida de escepticismo, pero en todo caso preferible a la muerte del corazón.

Quizás se comprenda ahora por qué la novela de Atías nos parece digna y ejemplarmente ambiciosa, aunque no logre en totalidad su objetivo. Esta novela implica un intento extraordinariamente interesante de ofrecernos la representación literaria de una conflictualidad humana no mutilada, no parcelada, sino integral. Los problemas del corazón y de la razón, del sexo y de la solidaridad humana, de la existencia personal y de la historia colectiva, del placer y de la responsabilidad, no presentados en compartimentos estancos ni avanzando por tronchas independientes y desconectadas, sino fundidas, enlazadas en la unidad de la vida y de la conciencia. Digamos, por ejemplo, que para Mauricio su conexión erótica con Sara era en el fondo una forma de derrota, una negación del apetito de plenitud vital, un hundirse en un pantano aniquilador,

viscoso y paralizante. Otro tanto le ocurría a Lambert, pero con signo distinto, no desligado de su actitud frente a la problemática político-social.

Sí, con signo distinto. Porque la novela, en su formulación política, en su contenido de reflexión política, no es neutra. Los planteamientos implicados en las reflexiones de Mauricio, del librero de Renco, o del propio Lambert en sus críticas interiores a los nazis criollos, en las palabras del dirigente obrero Carranza o de Salinas, todos esos planteamientos son sin duda discutibles en sus detalles, en lo que conllevan de interpretación o de crítica acerca de hechos, de problemas o de estrategias políticas. Pero se advierte en ellos, no solo un fondo último de gran sinceridad sino una clara adhesión final a la línea más sustantiva y permanente de la izquierda revolucionaria chilena. De la argamasa novelesca que nos ofrece Guillermo Atías es posible extraer, en todo caso, un material polémico concreto, un cuerpo de contribuciones críticas aprovechables. La novela, en este sentido, podría y merecería ser analizada desde un ángulo político que no nos corresponde abordar aquí. Lo que sí nos interesa subrayar es que el relato de Atías no rehúye la apelación a hechos y situaciones políticas identificables en el historial chileno de los últimos veintitantos años. Este esfuerzo del novelista —narrar sobre una realidad muy próxima y muy precisable— es digna de ser valorizado como un alarde valeroso, poco frecuente, y de difícil realización literaria.

Digamos, finalmente, que si por el lado del personaje Mauricio Gálvez surgen cuestionados —con intención positiva, a nuestro juicio— ciertos problemas (más que hechos) vinculados a la estrategia política de la izquierda revolucionaria tales como el desmoronamiento del Frente Popular, el oportunismo de algunos líderes, su relación y paralelo con la campaña electoral de 1964, por el lado del personaje Lambert, en cambio, apuntan detalles y hechos vistos en retrospectiva. En especial las actitudes de los jóvenes nazistas, las intimidades de las reuniones nazistas y un notabilísimo relato de la masacre del Seguro Obrero en septiembre de 1938, relato que el autor resuelve técnicamente poniéndolo en boca del propio Lambert, sobreviviente del trágico suceso.

## EVOCACIÓN DE GUILLERMO ATÍAS

Luis Merino Reyes<sup>1</sup>

Guillermo Atías<sup>2</sup>, presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, hacia 1965, es autor de *El tiempo banal*, novela laureada con el Premio del Sindicato de Escritores en 1954, y de *A la sombra de los días*, otra novela premiada por la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar (CRAV), aparecida en 1965. Además, obtiene en teatro los premios “Pedro de Oña” y “Gabriela Mistral”.

*El tiempo banal* es todavía, a veinticinco años de su aparición, una buena novela, bien escrita, poética, irónica, con personajes que no se olvidan como aquellos de la muchacha colorina, el cartero y su pequeña mujer; el virginal antisocial, “El Chano”. No se trata de una novela realista, las relaciones humanas son de raíz poética, suprarreal. El autor intenta en su ficción un contrapunto de clases que trasluce su sentido social nutrido por los recuerdos emocionados y sufrientes. La verosimilitud literaria se salva por momentos escasamente con recursos librescos, propios de un buen lector y mejor observador de la realidad callejera.

Guillermo Atías era un hombre rubio, blanco, de gruesos lentes, más bien macizo que gordo, que hablaba con lentitud y no se encolerizaba, aunque las circunstancias se lo impusieran. Dirigir escritores no es tarea fácil y Guillermo Atías habrá de ser recordado como un santón de la paciencia y de la bondad, un introvertido que espera su turno, sin más resguardo que carecer de teléfono en su domicilio a fin de salvar su intimidad. Más de una vez lo oímos hablar en la tribuna del cementerio —sitial donde se cometen tantos abusos oratorios—, obligado también por su cargo, si algún escritor había dejado esta vida terrena, tan pesada a veces para la gente de nuestro oficio. Entonces comprobamos su falta de elocuencia, su condición íntima ajena al histrionismo a que obliga la oratoria. Pensamos que el observador común no habría podido adivinar todo lo que había del mundo sensible en este hombre de contorno pausado, indiferente. Era preciso leer a Atías para descubrirlo; algo que sucede, por lo demás, con todo escritor sin más propiedad que una ventana para mirar el mundo.

---

<sup>1</sup> “Evocación de Guillermo Atías”. *La Últimas Noticias* [Santiago]. 16 Mar. 1980: 4.

<sup>2</sup> Guillermo Atías falleció repentinamente a fines de 1979, en París.

La primera vez que vimos a Guillermo Atías fue en la Sección Comisiones de Confianza del Banco de Chile y nos impresionó como un caballero inglés frío y ceremonioso. Son así las sensaciones periféricas. Nosotros íbamos en busca de una casa para alquilar y refugiar en ella a una mujer y cuatro chiquillos pequeños. Además, nosotros guardábamos un recuerdo muy hondo de su cuento aparecido en la *Antología del verdadero cuento en Chile* de Miguel Serrano, cuando Atías era muy joven y firmaba Anuar en vez de Guillermo, dando, con aquel cuento, un seguro indicio de toda su valía. Su prosa sugerente, desamparada, señalaba una individualidad que su novela *A la sombra de los días* encauza en el costumbrismo adulto.

Nacido en Ovalle en 1917, Atías era muy joven en 1938, año de cambios sociales en nuestro país y en el mundo que repercuten con insistencia en la más vigente literatura de entonces. En 1934 se ha encaramado Hitler al poder en Alemania, en 1936 se desata la revolución española, en 1938 triunfa el Frente Popular en Chile, en 1939 estalla la Segunda Guerra Mundial. Son temas más fuertes que cualquier esquema novelesco, que Atías entre sueños y realidades, entre amores apasionados y fracturas políticas, hace converger en nuestro país.

Jugando con el tiempo, mostrándonos, conforme a su manera peculiar a que hemos aludido, los aspectos que no exhibe la realidad al observador común, Atías avanza en la novela sociológica, muestra sin prejuicio la insensatez de algunos líderes políticos y el desencanto de la juventud y del pueblo que había confiado en ellos con su generosidad habitual. Esos personajes más preocupados de encontrar botín en la burocracia y en los cargos diplomáticos están señalados con sus nombres. Pero está vivo también en esta novela *A la sombra de los días*, el desenfado del escritor de verdad que no puede comprometerse con nada ni con nadie y que sin hacer alegatos ni discursos, lleva dentro de sí una posición doctrinaria insobornable. No es fácil variar una estructura social: germinan desde adentro hábitos muy antiguos, rigideces primitivas de todas las clases que se resisten al cambio. El dialéctico analiza estas causas y busca el faro de la razón, de la evolución histórica, muestra el imperativo de formularse el mundo y darse una ley. El escritor busca la epopeya en su gestación más pura, en la vida sencilla del hombre y desarrollando una trama, nos conduce a la gran emoción silenciosa y privada que viene a ser una novela.

La tragedia del 5 de septiembre de 1938, novedosa en esos años en Chile porque sucedió en el centro de Santiago, está vista por Atías en la acción viva, inminente de sus protagonistas, no en el horror de las bandejas del Instituto Médico Legal. Los tipos de Atías, normales y anormales, sin excesos literarios, sin retórica, se imponen al lector.

Pero es evidente que con lo escrito, hurgado entre nuestros apuntes y recortes, aún no logramos el definido perfil de Guillermo Atías. Lo vemos en el local de la SECH en un baile de disfraces, cuando los escritores antiguos teníamos menos años y más humor, una noche en que unos bailarines se convirtieron en contrincantes y algunos probados machistas no sabían al fin por qué propinaban sus golpes. Atías presidía

aquel tumulto, sereno como un Buda, sin alzar la voz ni asombrarse por nada. En su ser se entremezclaban la sangre árabe con su ternura y tal vez los ancestros franceses con su ironía y su prudencia.



## CONTRIBUCIÓN PARA UNA BIBLIOGRAFÍA DE GUILLERMO ATÍAS (1917-1979)

Micaela Paredes B.  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
maparedes@uc.cl

### OBRAS NARRATIVAS

- El tiempo banal*. Santiago: Nascimento, 1955. 309 p.  
[Existe una edición especial, del mismo año, destinada al Club de Lectores de la editorial].
- Un día de luz: cuentos*. Santiago: Ediciones Inecupebe, 1959. 147 p.
- A la sombra de los días*. Santiago: Zig-Zag, 1965. 221 p.
- A la sombra de los días*. Santiago: Quimantú, 1972. 276 p.
- Después de Guevara*. Santiago: Plan, 1968. 111 p.
- ...Y corría el billete*. Santiago: Quimantú, 1972. 129 p.
- Против течения (*La contracorriente*). [Primera parte]. Trad. Yuri Pablov. Moscú: *Literatura Extranjera* 1 (1978): 3-53; [Segunda parte]. *Literatura Extranjera* 2 (1978):56-101.
- Le sang dans la rue*. Paris: Éditions Rupture, 1978. 329 p.
- Le sang dans la rue*. Paris: Arcantere, 1989. 329 p.
- Prąd przeciwny (La contracorriente)*. Trad. Halina Czajka. Varsovia: Czytelnik, 1986. 305 p.

### ARTÍCULOS Y NOTAS

- “Juegos de Poesía”. *Extremo Sur* (dic. 1956): 3-4.
- “La literatura como lujo”. *Atenea* 380-381 (1958): 49-58.

“La literatura como lujo”. Reproducido en Eduardo Godoy. Ed. *La generación del 50 en Chile*. [Santiago]: La Noria, 1994.

“La SECh y el francés”. *El Siglo* [Santiago, Chile]. 28 jul. 1963: 23.

“Un sencillo voto de gracias”. En Pablo Neruda, Gustavo Ortiz Hernán y Guillermo Atías. *Presencia de Ramón López Velarde en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1963. 7-8.

“Sencillo voto de gracias”. *Presencia de Ramón López Velarde en Chile* [Segunda edición]. Guillermo Atías, Gustavo Ortiz Hernán, Pablo Neruda. Recuperación, introducción y notas Alejandro Jiménez Escobar. Santiago: Puerto de Palos, 2005. 53-55.

Atías, Anuar. “Confección de un asesinato”. *Historias ociosas: cuentos y relatos de Héctor Barreto*. Comp. y Ed. Rafael Videla. Santiago: Riapantu, 2003. 93-97.

“Confección de un asesinato”. *Historias ociosas: cuentos y relatos de Héctor Barreto*. Comp. y Ed. Rafael Videla. Santiago: Puerto de Palos, 2004. 93-97.

## CUENTOS PUBLICADOS EN ANTOLOGÍAS

Atías, Anuar. “La escala”. *Antología del verdadero cuento en Chile*. Selección, prólogo y notas de Miguel Serrano. Santiago: Gutenberg, 1938. 175-184.

*Antología del verdadero cuento en Chile*. Segunda edición. Santiago: Be-uve-dráis Editores, 200. 166-175.

Atías, Anuar. “La tormenta”. *Atenea. El cuento chileno*. Santiago: Nascimento, 1948. 547-556.

Atías, Guillermo. “Matiné”. *Antología del cuento chileno moderno. 1938- 1958*. Ed. María Flora Yáñez. Santiago: Editorial del Pacífico, 1958. 43-58.

*Antología del cuento chileno moderno. 1938- 1958*. Segunda edición. Santiago: Editorial del Pacífico, 1965. 43-58.

Atías, Guillermo. “El caso de la calle Colonia”. *Crónicas de Chile*. Ed. Rodrigo Quijada. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1968. 219-235.

## COMPILACIONES

*Là-où-finit-la-terre: contes du Chili*. Compiladores Guillermo Atías y Claude Bourguinon. Paris: Editions La Farandole, 1978. 45 p.

## REFERENCIAS CRÍTICAS SOBRE GUILLERMO ATÍAS

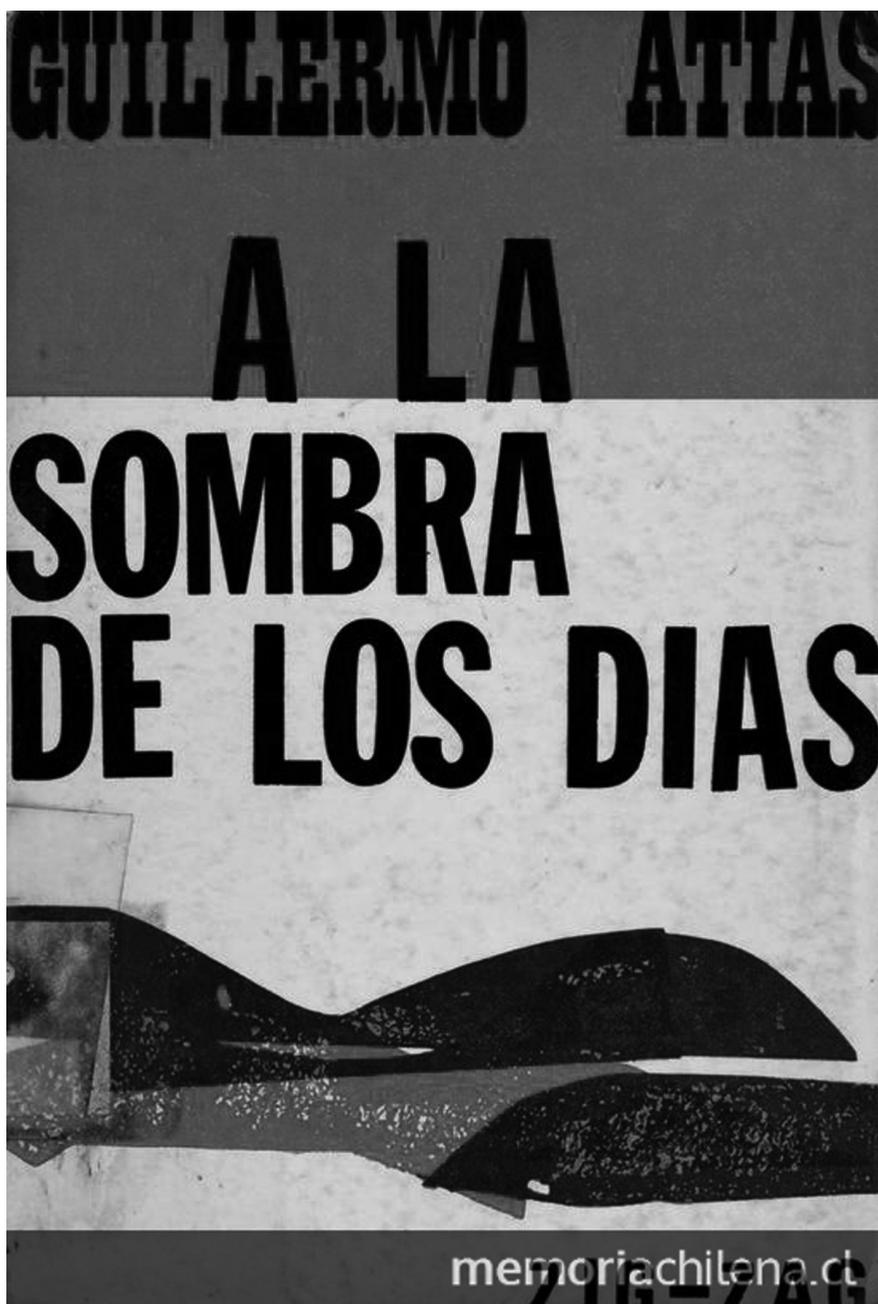
- A[lfonso] C[alderón]. “Día de crisis”. *Hoy* [Santiago]. 14 Feb. 1977: 42-43.
- Ahumada, Renato. “Recordando a Guillermo Atías”. *La Gaceta* 10 [Santiago] (2005): 11.
- Alone. “*Tiempo banal*”. *El Mercurio* [Santiago]. 5 Feb. 1956: 3.
- \_\_\_\_\_. “*A la sombra de los días*”. *El Mercurio* [Santiago]. 28 Nov. 1965: 3.
- Apir. “*Y corría el billete*”. *La Provincia* [Ovalle]. 5 Ago. 1982: 3.
- Arenas, Braulio. “...*Y corría el billete*”. *Última Hora* [Santiago]. 21 Mar. 1972: 5.
- Betsabel, Claudio. “Guillermo Atías muere en París”. *La Bicicleta* 6 (1980): 39.
- Calderón, Alfonso. “Murió de ausente”. *Hoy* [Santiago]. 21 Nov. 1979:45.
- Concha, Edmundo. “‘Un día de luz’, por Guillermo Atías”. *Atenea* 388 (1960): 249-252.
- “*El tiempo banal* por Guillermo Atías”. *Boletín del Instituto Nacional* [Santiago]. Nov. 1955: 30.
- Gelcic, Ricardo. “Una novela oportuna”. *La Prensa* [Osorno]. 27 Feb. 1973: 3.
- J. L. A. “*El tiempo banal* (Guillermo Atías)”. *Aurora* 5-6 (1956): 179-181.
- Loyola, Hernán. “*A la sombra de los días*”. *El Siglo* [Santiago]. 28 Nov. 1965: 3.
- Méndez, Ariel. “*Y corría el billete*”. *Plan* 88 (1973): 18.
- Merino Reyes, Luis. “Aproximación a Guillermo Atías”. *La Nación* [Santiago]. 28 Mayo. 1972: 15.
- \_\_\_\_\_. “Evocación de Guillermo Atías”. *Las Últimas Noticias* [Santiago]. 16 Mar. 1980: 4.
- \_\_\_\_\_. “Recuerdo necesario de Guillermo Atías”. *Punto Final* 446 (1999): 19. [Reproduce el artículo anterior con algunos pequeños cambios].
- Montes, Cristián. “El cronotopo de la exclusión en tres novelas de la generación del 38”. [Angurrientos, de Juan Godoy; *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán y *El tiempo banal*, de Guillermo Atías]. *Revista Chilena de Literatura* 73 (2008): 163-188.
- Teitelboim, Volodia. “Guillermo Atías: los días de la contracorriente”. *Araucaria de Chile* 10 (1980): 69-75.
- Tejeda, Juan. “Guillermo Atías y su última novela: un remezón a nuestra literatura”. [Sobre *A la sombra de los días*]. *La Nación* [Santiago] 12 Dic. 1965: 5.
- Vidal, Virginia. “‘...*Y corría el billete*’: primera novela de los obreros de hoy”. *El Siglo* [Santiago]. 1 Abr. 1972: 10.

# EL TIEMPO BANAL



GUILLERMO ATIAS  
memoriachilena.cl

Portada de la primera edición. Santiago: Editorial Nascimento, 1955.



Portada de la primera edición. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1965.



Guillermo Atías en 1963. Archivo del Escritor.  
Biblioteca Nacional de Chile.